

## ADIOS A MARTIN PEREZ, PINTOR UNIONENSE

Inesperadamente, limpiamente, sin ruido, igual que le gustó vivir, Martín Pérez Saura, el pintor unionense, se ha ido de la tierra, dejando todavía muchas cosas por hacer: un cuadro en el caballete, un nuevo paisaje que llevarse a los ojos, una carga de amor por estrenar guardada en su grande, lúcido, cansado corazón que ahora le ha traicionado en un momento de descuido imperdonable.

Martín, que estudió Bellas Artes en la Academia de San Jorge, de Barcelona, discípulo de don Vicente Ros un día y, luego, de Farré García Gutiérrez y Clará, había conseguido dominar el pincel en temas en los que él se sentía entrañablemente, apasionadamente a gusto: paisajes y bodegones. ¿Quién no recuerda sus conocidos bodegones de «perdices», ligados a su tiempo de cazador? Contemplar el brillante despliegue de sus tonalidades, ¿no es abrir libro de bien compuesta prosa de Alvaro Cunqueiro? «La perdiz es un ave solar que ama el aire ligero, inteligente, casi intelectual, del otoño y muere en él, plena de él. En su trozo del otoño el que coméis».

Precisamente frente a un bodegón suyo son escritas estas líneas apresuradas, absorto uno todavía ante la triste noticia. Bodegón de granadas éste, una de ellas partida, dejando al descubierto un interior, como de escaparate de joyería, encendido en llamaradas de rubíes, y en una esquina, signando el lienzo como un marchamo sacramental, la dedicatoria: «A mi gran amigo». He aquí otras de las constantes del pintor: su

contorno humano, cordialísimo, su vocación a la amistad indestructible.

Callando modestamente siempre sus premios, sus exposiciones, le importaba antes que nada la gran fiesta del caballete y la paleta hasta hacer de la pintura el soporte de su biografía, su peripécia vital.

—¿Por qué no expones? le preguntábamos últimamente sus amigos.

—Sí, tengo que exponer un día...

Pero sabíamos que a él le traía sin cuidado las galerías, el montaje social de una inauguración, porque lo suyo era sencillamente, hermosamente, pintar a secas, lejos del pavo real de la vanidad, de las huertas lisonjas.

Presidente durante mucho tiempo de la Asociación de Amigos del Mar, de Cartagena, contó siempre con el mar como otro de sus dilectos temas: añiles, verdes, cobaltos azules... Prusia. Ahora, cara al verano, cara a los largos días frente a ese mar que él no va a pintar más, Martín Pérez se va, sin previo aviso. «Hay un arte de morir, más decisivo y determinante, aunque más corto, que el arte de vivir», ha escrito el poeta Manuel Alcántara. Martín Pérez ha hecho suya esa advertencia, echando arte al arte de decirnos adiós, apenas sin molestar, como a él le gustaba pasar por la vida. El pincel ahora reseco, el vuelo de la perdiz, el plato de cerámica desbordado del fruto que junio inaugura y los amigos, es claro que los amigos también, vamos a echarle de menos.

ASENSIO SAEZ